

El revolico lingüístico que formaron en Cuba los indios, españoles, africanos y asiáticos

Sergio O. VALDÉS BERNAL

Academia Cubana de la Lengua, Cuba

No sin razón Vicente García de Diego (1958) señaló que “La lengua, como expresión de la cultura, se estudia mejor a la luz de las vicisitudes históricas de cada pueblo, así como la historia de cada nación se conoce con más claridad por los testimonios de su lengua” (pág. 36).

Tras arriesgada navegación a través del desconocido *Oceānus*¹ o *Atlantīcum mǎre*² de los romanos, del tenebroso ‘Mar de las Tinieblas’, como lo llamaban los árabes, las carabelas comandadas por Colón avistaron el 12 de octubre de 1492 unas islas que posteriormente serían denominadas *Bahamas*³ o *Lucayas*⁴. Días después, el 21 de octubre, comunicándose mediante el lenguaje gestual con los indios lucayos, entendió y anotó en su *Diario de navegación* que más al sur había una tierra llamada *Colba*, el posible y tan anhelado Cipango, como en aquel entonces era conocido Japón a través de los escritos de Marco Polo. El 23 de octubre finalmente escribió *Cuba*, a la que arribó la lluviosa noche del 27 de octubre, por lo que el desembarco fue pospuesto para el siguiente día. La naturaleza y sus habitantes eran tan diferentes de lo esperado por Colón, que dijo que esta era la tierra más hermosa que ojos humanos vieran y llamó a sus pobladores, para nuestra suerte, indios, y no cipangueses. Por cierto, Cuba es una palabra indígena, aruaca, que significa ‘tierra labrada’, ‘jardín’, y en las traducciones de la Biblia a las diferentes lenguas aruacas se utilizó para traducir el nombre y concepto de “paraíso”, “edén”.

Con la conquista y colonización de Cuba a partir de 1510, se formó tremendo revolico entre los indocubanos y los españoles. Como los pacíficos agricultores y ceramistas del extremo oriental de Cuba, los llamados taínos, así como los cazadores y recolectores del centro del país y de las cayerías, identificados como siboneyes, y los arcaicos guanahatabeyes del occidente cubano hablaban lenguas aruacas, lo que evidencia la toponimia prehispánica preservada, el mestizaje biológico y cultural indohispánico dejó una importante huella en la lengua española impuesta en el contexto cubano. No debemos olvidar que la lengua es el soporte idiomático de la cultura en su sentido

¹ Según la mitología greco-latina, *Oceānus* es el nombre del dios del agua que, en forma de río, rodeaba la tierra plana.

² *Atlantīcum mǎre* es el nombre también aplicado a *Oceānus*, epíteto debido a la posición mítica de Atlas en sus costas.

³ *Bahamas* es la alteración en inglés de la voz española *bajamar*, de baja- y *-mar*, ‘fin o término del reflujo del mar’.

⁴ Denominación geográfica a partir del nombre de sus habitantes: *lucayo*, de *luku*, ‘ser humano’ + *cayo*, ‘islote’ = ‘habitante de los cayos’.

etnográfico, o sea, la capacidad del ser humano de adaptarse a un medio geográfico y extraer de él lo necesario para su subsistencia y desarrollo. En la Cuba precolombina hubo culturas milenarias de las que los españoles se valieron para sobrevivir en el nuevo entorno. De haber estado Cuba despoblada, la colonización europea se hubiese demorado considerablemente, pues los conquistadores hubiesen tenido que experimentar cómo sobrevivir. Sencillamente tomaron del árbol de la sabiduría de los indocubanos los frutos de sus conocimientos sobre la flora, la fauna y el medio ambiente, sobre las construcciones, el mobiliario, los diversos instrumentos que elaboraban y parte de sus creencias, y con ello también se apropiaron de sus denominaciones, como *behique*, *bohío*, *Cuba*, *cacique*, *Camagüey*, *guayaba*, *huracán*, *jigüe*, *jutía*, *Maisí*, *majá*, *sabana*, *siguapa*, *tabaco*, *yuca* y muchísimos más indoantillanismos. De ahí que el legado lingüístico aruaco sea uno de los matices identificadores de la modalidad cubana de la lengua española incluso en el presente.

La esclavización y el mestizaje hicieron desaparecer al aborigen como grupo etnolingüístico y cultural ajeno al proceso de formación del etnos o pueblo cubano. Por ese motivo en Cuba se introdujeron indios como mano de obra esclava de otras regiones circuncaribeñas. Desde las costas venezolanas y colombianas, desde las Lucayas y el sur de la Florida, desde Yucatán y el México azteca, hasta incluso indios apaches fueron llevados a Cuba como mano de obra esclava. Hoy, no pocos cubanos tienen un antepasado de origen maya yucateco, pues estos indígenas fueron introducidos en Cuba desde 1525 hasta 1861. Pero en realidad, fueron las relaciones económicas y de todo tipo entre los asentamientos españoles en nuestro país y los de las regiones cercanas, la vía para la incorporación al español cubano de nuevos conceptos y objetos de esas culturas con sus correspondientes denominaciones, como los caribismos *arepa* y *piragua*, los nahuismos *tomate* y *chocolate*, lo mayismos *canistel* y *cenote*, entre muchos otros. Por otra parte, al convertirse Panamá en puente lingüístico entre la costa occidental suramericana y La Habana debido al sistema de flota, a nuestro suelo llegaron voces de origen quechua como *cancha* y *papa*. Pero ninguna de esas lenguas opacó el nativo legado lingüístico aruaco del español cubano.

Otro elemento lingüístico-cultural entró en escena desde los primeros decenios de la colonización. El español trajo consigo a Hispanoamérica esa parte del África septentrional que lleva en sus venas, cultura y lengua, debido a los largos siglos de presencia islámica en España, es decir árabe-bereber. Sin embargo, muchos arabismos no cruzaron el Atlántico y se quedaron del lado europeo, por lo que este es uno de los rasgos que diferencian el español americano del peninsular. Por otra parte, los españoles añadieron al complejo revolico indohispánico cubano el condimento idiomático subsaharano mediante la introducción en la colonia de esclavos ladinos o hispanizados hasta 1526, y de bozales o africanos oriundos desde Portugal y España desde un inicio, y a partir de 1516 directamente desde África. Con el desarrollo de la

explotación agrícola del país, principalmente la cosecha de la caña de azúcar y su procesamiento industrial, entre otros productos y otras necesidades que recababan mucha más mano de obra esclava, la introducción de negros esclavos de diversas procedencias culturales y lingüísticas creó una terrible Babel idiomática que en parte lastró un mayor influjo de las lenguas subsaharianas en la variedad cubana, por lo que no aconteció una “africanización”, o más exactamente una “subsaharianización” del español cubano, como algunos pretenden que haya existido.

La diversidad idiomática subsahariana en Cuba debido a que España no se autoabastecía de esclavos y dependía de las ofertas del mercado internacional, recurso del que también se aprovecharon los sacarócratas hispanos y criollos para desculturar al africano y así evitar que una lengua propia de ese origen deviniera medio de comunicación y cohesión, tuvieron gran repercusión en el escaso aporte subsahariano al español cubano, si lo comparamos con el árabe heredado de España y el nativo aruaco. Y eso no debe sorprendernos, pues independientemente de la discriminación racial, social, cultural y lingüística que padecía, el africano era tan extranjero en nuestro suelo como el español, por lo que no podía aportar a la descripción del entorno americano. Por otra parte, la gran diversidad etnolingüística no viabilizaba matrimonios endogámicos preservadores de un mismo legado lingüístico-cultural, pues el africano que encontraba pareja generalmente era de un grupo étnico diferente al suyo o de culturas y fenotipos disímiles. Además, el negro africano jamás representó un porcentaje de la población que pusiese en peligro las posiciones de la lengua española como lengua vehicular y oficial de la colonia, como se desprende de los censos consultados, ya que la inmigración peninsular siempre fue la más numerosa y estable de todas, elemento reforzador del uso de esta lengua. De ahí que Constantino Suárez sentenciara que:

No es el idioma, como suponen muchos, el lazo más consistente entre Hispanoamérica y España, sino la emigración, sin la cual el propio idioma español habría degenerado en dialectos o lenguajes diversos; y si algún día en los países hispanoamericanos se hablaran dialectos o lenguajes particulares, originarios del castellano, siempre habría sido la inmigración española la retardataria de ese lamentable caso (Suárez, 1924, pág. 129)

El negro africano en Cuba no fue aculturado, sino transculturado. No pudo imponer sus patrones lingüísticos ni culturales a los hispánicos imperantes, pero formó parte de ese revolico indo-hispano-africano que dio origen a nuestra cultura mestiza, cuyo soporte

Idiomático lleva la huella subsahariana que nos identifica como cubanos. El negro africano pudo reconstruir, preservar y transmitir a las nuevas generaciones de cubanos parte de su “yo” cultural y lingüístico a través de las religiones llamadas Regla de Palo Monte, de base kikongo-umbundo, la Regla de Ocha e Ifá, de predominio lingüístico-cultural yoruba, la Regla Arará, que comparte con el vodú haitiano el mismo origen beninense o ewe-fon, y las Sociedades Abakuás, de arraigo efik-ibibio, verdaderas reliquias de ese mundo mágico-religioso subsahariano que se ha preservado hasta el presente con gran vitalidad y aporte a nuestra lengua nacional con voces como *asere*, *Chango*, *ecobio*, *ecrú*, *malanga*, *monina*, *ñame*, *ñañigo*, *quimbombó*, *Yemayá* y otras más.

En fin, si el revolico indohispánico que se formó nos dejó el sello aruaco que en parte identifica nuestra modalidad de la lengua española, el no menos complejo revolico afrohispanico nos impuso otro, con predominio bantú.

En cuanto al elemento hispánico, hasta la primera mitad del siglo xvii la mayoría de los inmigrantes procedía de Andalucía occidental. A partir de la segunda mitad del siglo xvii los andaluces fueron considerablemente superados en número por los canarios, creadores de la cultura campesina cubana. Los lazos de todo tipo que unían a Andalucía occidental con Canarias y Cuba se mantuvieron intactos durante el período colonial y perduraron hasta principios del siglo xx, una vez declarada la República en 1902 en un país totalmente depauperado por las guerras independentistas, obligado a recurrir, de nuevo, a la inmigración para cubrir la demanda de mano de obra. Por eso nuestra forma de pronunciar el español nos acerca más a esas hablas con el seseo, el yeísmo, la aspiración de la /s/, los numerosos andalucismos y canarismos, y en el hablar descuidado la aspiración de la /r/, la lateralización, la geminación, entre otros ejemplos. El tardío y masivo arribo de asturianos y gallegos a finales del xix y principios del xx no alteró esa realidad, pues para esa fecha ya se había impuesto en el país la emergente modalidad cubana de la lengua española.

A este complicado *ajjaco*, *pot pourri* u *olla podrida*, se sumó el componente asiático a partir de mediados del siglo xix con la entrada en Cuba de chinos, seguidos después de algunos japoneses. Esta tendencia continuó durante la primera mitad del xx, a lo que se sumaron inmigrantes coreanos, árabes, judíos, indostanos, jamaicanos, haitianos, estadounidenses, suecos, checos, polacos, rusos, etc., etc., etc., quienes trajeron consigo sus lenguas, culturas y costumbres, algunas de las cuales tuvieron cierta trascendencia en la Cuba de entonces. En aquellos momentos, la dependencia económica del poderoso vecino del norte convirtió el inglés en la segunda lengua más importante del país con su consecuente repercusión en el acontecer lingüístico-cultural de la isla. Después del triunfo revolucionario de 1959, se generó el éxodo de muchos inmigrantes asentados en Cuba al ser afectados sus intereses económicos por las leyes

promulgadas. En cambio, recibimos la presencia de numerosas personas procedentes del otrora campo socialista, pero en calidad de personal contratado y no como inmigrantes, independientemente de que surgieron no pocos matrimonios de cubanos con ciudadanos de esos países. Por cierto, la supuesta “rusificación” del español cubano nunca aconteció.

Realmente, en tan corto espacio de tiempo es imposible exponer el proceso de formación, consolidación y evolución de la nación cubana hasta el presente, en el que la lengua española devino soporte idiomático de nuestra cultura e identidad, claro está, adaptada a nuestras necesidades de la comunicación. Las memorias dieciochescas de Pedro Espínola y José María Peñalver ya evidenciaban la existencia de una modalidad cubana de la lengua española en su doble función como representante de la cultura y de la nacionalidad (Valdés Bernal, 2012) que se fue forjando hasta dar origen a la nación con las guerras independentistas decimonónicas, proceso que se extiende hasta el presente, pues la nación no es algo estático, está en constante proceso evolutivo, como la lengua que es su puntal.

Hoy somos un pueblo mestizo, y a medida que pase el tiempo lo seremos mucho más, pero monolingüe. No obstante, en territorio cubano se preservan pequeños bolsones lingüísticos del creole o haitiano, del inglés caimanero y jamaicano, o del chino en su variedad cantonesa, como resultado de diversos procesos migratorios.

En fin, como señaló un lingüista cubano casi desconocido en su patria por haberse visto obligado a emigrar debido a sus sentimientos independentistas y considerado por muchos mexicano, Félix Ramos y Duarte (Valdés Bernal, 2007), en su *Diccionario de mexicanismos. Colección de locuciones y frases viciosas*, publicado por A. Carranza y Cía en México, en 1895, en la página 5, sentenció que: “La vida interna de un pueblo se revela en su lenguaje, que es un modo de ser: su inteligencia, su pensamiento, su elemento esencial de existencia, su patria, su todo”.

REFERENCIAS

- García de Diego, V. (1958). *Lingüística general y española*. Madrid: Editorial Gredos.
- Suárez, C. (1924). *La verdad desnuda*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Valdés Bernal, S. (2012). *Las Memorias de Peñalver y Espínola: los primeros documentos sobre el español hablado en Cuba (1795)*. La Habana: Academia Cubana de la Lengua / Ediciones Boloña.
- Valdés Bernal, S. (2007). Un destacado pedagogo y filólogo cubano casi desconocido en su patria: Félix Ramos y Duarte. *Revista Bimestre Cubana*, 101, época III (26), 29-47.